

Irina Podgorny

Museo de La Plata

Diplomacia, pichiciegos, megaterios y gliptodontes

1820-1840

Los pichiciegos, animales con pelos en el vientre y coraza en el dorso, cobraron notoriedad gracias a una novela de ese nombre escrita por Rodolfo Fogwill (1941-2010) en plena guerra de las Malvinas. En ella, esos mamíferos de hábitos cavadores se transformaban en metáfora de aquellos argentinos que, para sobrevivir durante la guerra, organizaron una vida casi subterránea, clandestina e invisible, estructurada alrededor del pequeño comercio y del tráfico de información con ingleses y compatriotas, con amigos y enemigos.

Al ser inquirido por la génesis del título, Fogwill rememoró algo que también recreó en la ficción: la primera vez que oyó hablar del animal fue por boca de dos jóvenes catamarqueños, a quienes por 1980 la injusticia del azar había arrojado, asustados y muertos de hambre, a un calabozo de la Cámara Federal en la calle Viamonte de Buenos Aires. Mientras Fogwill esperaba turno para comparecer ante el juez, esos muchachos, hacinados con otra veintena de presos, conjuraban su susto relatando cuentos de su tierra.

Entre recuerdos y miedos, uno mencionó una palabra desconocida para los criados en las cercanías de Buenos Ai-

¿DE QUÉ SE TRATA?

¿Tienen algún parentesco los más pequeños armadillos vivientes con los más grandes mamíferos extinguidos del continente sudamericano? O dicho de otra manera: ¿están emparentados los pichiciegos con los megaterios? Hacia 1830, estas preguntas reflejaban las incógnitas planteadas por la fauna de América del Sur. Con el tiempo los paleontólogos aclararon la situación y concluyeron que los armadillos actuales tienen ancestros comunes con los gliptodontes, que los megaterios los tienen con los perezosos vivientes, y que todos provienen de un predecesor más lejano.

El término *pichiciego* designa en lenguaje corriente a dos especies de armadillos actuales de escaso tamaño y hábitos nocturnos —pero no ciegos— que viven en arenales: el pichiciego pampeano (*Chlamyphorus truncatus*), que mide unos 15cm, tiene el dorso pardo rosado y el vientre blancuzco, y es natural de la pampa seca, en el centro y el oeste de la Argentina; y el pichiciego chaqueño (*Chlamyphorus retusus*), de unos 18cm y más amarillento, oriundo del chaco seco en el norte del país, Bolivia y Paraguay. Ambos están dotados de (para su talla) enormes uñas en sus patas delanteras, con las que excavan las cuevas donde se refugian (figura I).

En el presente territorio argentino hoy viven otras trece especies de armadillos, conocidos por los nombres comunes de peludo, mulita, piche, quirquincho y tatú, entre otros. Sus tamaños oscilan entre el de dichos pichiciegos, que son los más pequeños y pesan unos 100g, y el del tatú carreta (*Priodontes maximus*), sumamente escaso, que habita el chaco seco y puede medir algo más de un metro y pesar alrededor de 50kg.

Descienden evolutivamente de antiguos armadillos extintos, de los cuales (aunque no necesariamente los mismos) también descendieron otros mamíferos, igualmente extintos, los *gliptodontes*, que vivieron por un lapso de unos treinta millones de años. En el artículo se habla de un género de gliptodontes, *Glyptodon* (figura II), cuyos integrantes vivieron entre hace unos dos millones y unos quince mil años y podían medir unos tres metros de largo por metro y medio de alto y pesar más de una tonelada.

Los otros mamíferos extintos que menciona esta nota son los *megaterios*, desaparecidos hace unos diez mil años. Constituían una de las tres familias de gigantes perezosos terrestres que habitaron las regiones meridionales de Sudamérica por varios millones de años (otra familia que quizá reconozca el lector es la de los *milodontes*). Los paleontólogos llaman a la especie que menciona la nota *Megatherium americanum*. La aclaración *terrestre* diferencia a sus integrantes de los perezosos vivientes, que tienen ancestros en común pero no descienden de aquellos. Hay dos géneros y cinco especies de perezosos actuales, que viven en los árboles en selvas tropicales y subtropicales de Centro y Sudamérica. En las selvas húmedas del noroeste argentino solía habitar una de esas especies, el perezoso bayo o tridáctilo (*Bradypus variegatus*), de unos 50cm y unos 5kg, pero hace más de cinco décadas que su presencia no se registra fehacientemente, por lo que se lo considera extinto en el país.

El megaterio (etimológicamente *cuadrúpedo* o *bestia grande*) fue uno de los mayores mamíferos conocidos: podía medir entre cuatro y cinco metros de altura erguido sobre sus patas traseras y pesar unas cuatro toneladas (figura III). Era considerado herbívoro, como sus parientes contemporáneos, pero algunos estudios recientes generaron controversia con la tesis de que era carnívoro. **CH**



Figura I. Pichiciego menor o pampeano (*Chlamyphorus truncatus*), de unos 15cm, natural de la pampa seca, en el centro y oeste de la Argentina. Foto Mariella Superina

Figura II. Gliptodonte publicado en la obra de Henry Augustus Ward, *Catalogue of casts of fossils: from the principal museums of Europe and America, with short descriptions and illustrations*, Benton & Andrews, Rochester, 1866.

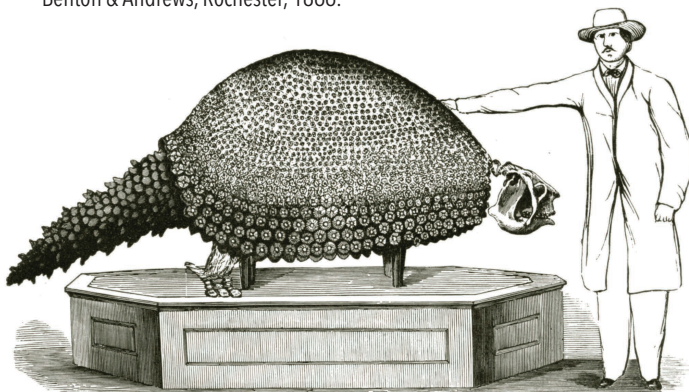
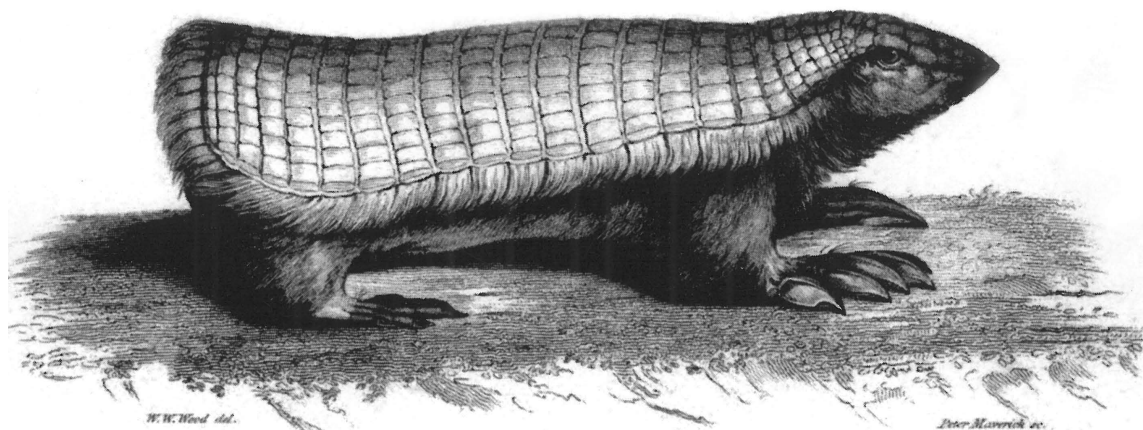


Figura III. Una interpretación de la apariencia que podría haber tenido un *Megatherium americanum*. Es la imagen hipotética tradicionalmente aceptada, pero está sujeta a cambios con el avance de los estudios. La ilustración muestra un dibujo sin indicación de autor publicado por Wikimedia Commons, del que se le eliminó una larga lengua cuestionada por la literatura científica reciente. Otra interpretación controversial es que su cuero no habría sido peludo.

CHLAMYPHORUS TRUNCATUS.



PL. XIX.

Figura 1. Lámina que acompañó a la primera descripción científica del pichiciego pampeano, realizada en 1825 por Richard Harlan en Filadelfia, quien la publicó ese año en 'Description of a New Genus of Mammiferous Quadrupeds of the Order Edentata', *Annals of the Lyceum of Natural History of New York*.

res, que más tarde llegaría a identificarse con la guerra de las Malvinas. Comentó: *Sabés con qué ganas me comería un pichiciego*. Sinónimo de hambre y de incertidumbre, usada en reminiscencia de las provincias andinas, en la oscuridad de la celda, la palabra solo podía entenderse traduciéndola al mundo cultural de cada uno de los presos apelando al nombre de otros animales, como la mulita, el peludo o el quirquincho.

Singularmente, la definición del pichiciego como especie zoológica está vinculada con el inicio de las relaciones diplomáticas entre el Río de la Plata y Gran Bretaña. Como el megaterio (ver recuadro 'Animales actuales y extintos'), integró la lista de objetos más preciados y requeridos por los naturalistas en la década de 1820, durante los años de cierre de las guerras de la independencia y de reconocimiento por otros países de las nuevas entidades políticas sudamericanas.

En 1825 Gran Bretaña, representada en Buenos Aires por el encargado de negocios y cónsul Woodbine Parish (1796-1882), firmó el Tratado de Amistad y Comercio con la Provincias Unidas, que reconoció la independencia y pactó determinadas prerrogativas para los súbditos británicos residentes en el Plata. Los Estados Unidos habían hecho lo mismo en 1822. En ese inicio de las relaciones diplomáticas, no solo se promovió el comercio de mercancías: como la historia de la ciencia ha mostrado, las redes comerciales, al impulsar la circulación de cosas, ideas y prácticas, quedan íntimamente vinculadas con la creación de nuevos objetos científicos. Así, el conocimiento de la fauna sudamericana fue cobrando forma al ritmo del envío y la recepción de noticias, ejemplares y dibujos de las provincias del Plata a otros países con puertos sobre el Atlántico.

Los médicos de Mendoza

El primer ejemplar incompleto de pichiciego llegó a los gabinetes de disección de los Estados Unidos en 1824 por

los oficios de William Colesberry, un médico de Filadelfia radicado en Mendoza y colaborador de los ejércitos de San Martín. En un viaje a su país, donó fragmentos del animal al Museo Peale de aquella ciudad, creado por Charles Willson Peale (1741-1827) y conocido por albergar una extensa colección de antigüedades y de especímenes de la flora y fauna americanas. Colesberry, además de colaborar en las empresas naturalistas de Peale, fomentó el traslado de otros médicos norteamericanos a las provincias del Plata, entre ellos, el padre del renombrado médico, higienista y político Guillermo Colesberry Rawson (1821-1890), cuyo nombre completo incluía, como se ve, el nombre del coleccionista de pichiciegos.

La descripción y el nombre que caracterizaría al espécimen donado por Colesberry se deben al médico Richard Harlan (1796-1843), conservador de las colecciones de Peale. Futuro promotor del embalsamamiento químico como tratamiento funerario, Harlan, por ese entonces, buscaba consolidarse en el mundo de la anatomía comparada mediante la descripción de la fauna viviente y la extinta. Puso a la especie el nombre *Chlamyphorus truncatus* que hoy lleva y acompañó su descripción con un dibujo que permitía apreciar sus rasgos más conspicuos (figura 1): una coraza dorsal que, a diferencia de la de las mulitas, no le cubre los flancos, y un extremo caudal mocho, tan notorio que inspiró la adición de *truncado* al nombre del género.

En 1828, el médico escocés John Gillies (1792-1834) envió desde Mendoza a las colecciones zoológicas de Londres un segundo espécimen de pichiciego, conservado en alcohol. Médico de la marina británica, Gillies se encontraba en Cuyo para recuperarse de una afección pulmonar. A la vez que postergaba cada vez más su licencia y hacía méritos para obtener el cargo de vicecónsul británico en Mendoza, aprovechaba para formar y despachar a Inglaterra colecciones botánicas y enseñar a formar herbarios a las damas mendocinas, de reconocida fama por la calidad de

sus labores. Realizó, además, observaciones sobre los caminos prehispánicos y coloniales de los Andes y fue uno de los informantes de Woodbine Parish, a quien proporcionó datos sobre la región y su aledaña chilena.

El espécimen de Filadelfia había dejado algunas dudas sobre la anatomía de las extremidades: luego de una cuidadosa disección del ejemplar de Gillies, estas quedaron despejadas por la descripción que en 1828 presentó el naturalista británico William Yarrell (1784-1856) a la Sociedad Zoológica de Londres. Sin embargo, sus afinidades con otros mamíferos permanecían en una zona de penumbra, de suerte que se hablaba de un animal de carácter paradójico, con semejanzas con los armadillos, los perezosos, los topos y los castores. La historia de la clasificación de este animal muestra que para la zoología, como para Fogwill y sus ocasionales compañeros, clasificar significaba comparar y crear conexiones con nombres y cosas conocidas.

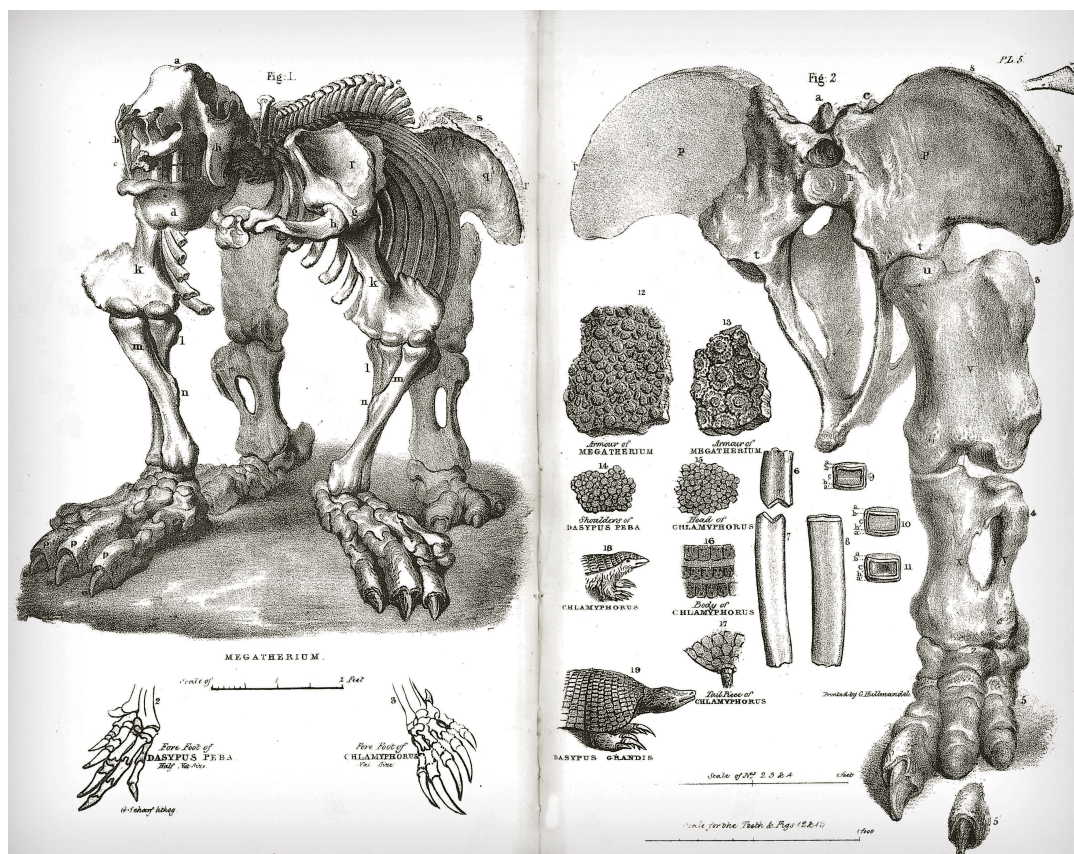
Cuando más de diez años más tarde Woodbine Parish publicó su obra *Buenos Aires y las provincias del Río de La Plata* incluyó el informe de Yarrell sobre el pichiciego cuyano (ver recuadro 'Una descripción del siglo XIX del pichiciego'). Esta decisión no se debió solo a las peculiaridades del animal sino, también, a la importancia que este había cobrado para entender la anatomía de los animales sudamericanos extintos conocidos hasta ese momento. El cónsul había desempeñado un papel central en el armado de las colecciones británicas de mamíferos fósiles, una de las tareas a las que se abocó durante su estadía en

Buenos Aires, como lo destacó en su libro. Por muchos años la anatomía del pichiciego serviría de modelo para imaginar una posible apariencia acorazada del megaterio y por eso Parish le dedicó varias páginas. Pero, curiosamente, su obra contiene también la evidencia de otro proceso: en el breve lapso transcurrido entre el fin de la escritura y la publicación de la obra, el pichiciego perdió ese lugar por la aparición de una nueva entidad zoológica, establecida por Richard Owen (1804-1892) a fines de 1838, el género *Glyptodon*.

Animales en pedazos

Merced a la intervención de Woodbine Parish, hacia 1832 las colecciones inglesas lograron hacerse de un esqueleto de megaterio, uno de los objetos más deseados por los paleontólogos de la época. Hasta ese momento, el único ejemplar existente en Europa estaba en el Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, lugar de visita obligatorio para conocer las particularidades del corpulento animal. Georges Cuvier (1769-1832) lo incluyó en el grupo de los perezosos sobre la base de unas láminas hechas en Madrid y obtenidas gracias a la intervención de un agente francés. Por muchos años, los museos de París y Londres trataron de obtener, sin éxito, una copia en molde del esqueleto madrileño. Finalmente, los anatomistas británicos —muy poco después del es-

Figura 2. Grabados de la obra de William Buckland *Geology and Mineralogy Considered with Reference to Natural Theology*, vol. 2, lámina 5, William Pickering, Londres, 1836.



tablecimiento de las relaciones diplomáticas con el Plata— consiguieron un original, casi tan completo como el ejemplar de Madrid.

Después de una larga sequía, Parish se enteró de la aparición de grandes osamentas en los lechos secos de arroyos y lagunas de los establecimientos ganaderos del río Salado, propiedad de Hilario Sosa y del gobernador Juan Manuel de Rosas. Obtenidos los permisos, envió a recolectar los huesos a un carpintero estadounidense residente en Buenos Aires, que regresó con varios esqueletos y fragmentos de una suerte de coraza. Ya en Londres, el hallazgo de los huesos de megaterio asociados con placas de caparazón llevó a pensar que la anatomía de ese animal podía haber sido más parecida a la de los armadillos que a la de los perezosos arborícolas.

En realidad, la existencia de un mamífero gigante recubierto por una caparazón similar a la de una mulita estaba en danza desde hacía algunos años: se trataba de una idea que mascullaba el presbítero Dámaso Antonio Larrañaga (1771-1848) en Montevideo, y que en los inicios de la década de 1820 se empezó a propagar gracias a los oficios de los viajeros Friedrich Sellow (1789-1831) y Auguste Saint Hilaire (1779-1853). Ambos habían visitado la colección de Larrañaga y visto en ella trozos de una cola y unas placas macizas, que permitían pensar en un animal acorazado. Esa posibilidad se discutió seriamente, sobre todo cuando apareció en escena el pichiciego, algunos de cuyos rasgos anatómicos llevaban a suponer que se podía tratar de una forma superviviente en miniatura del colosal megaterio con coraza. Gracias al pichiciego y su carácter paradójico, el megaterio podía lucir su armadura sin tener que pasar a ser una mulita, y se respetaba así el orden establecido por Cuvier.

En 1825, varios años antes de la llegada a Londres de la remesa de fósiles enviada por Parish, el zoólogo francés Anselme Gaëtan Desmarest (1784-1838) reseñó en París la descripción del pichiciego hecha en Filadelfia. Destacó que el animal de Mendoza parecía cercano a los armadillos y que su conformación lo aproximaba también al megaterio, el cual, según las observaciones que había transmitido Larrañaga, debió haber poseído una cabeza parecida a la de las mulitas y una cola similar a la del animal descripto por Harlan.

Del otro lado del canal, el geólogo (y clérigo de la Iglesia anglicana) William Buckland (1784-1856), convencido de la pertinencia de atribuir una coraza al megaterio, fue uno de los más entusiastas seguidores de esa pista y celebró el hallazgo del Salado como una evidencia incontrovertible. En su obra *Geology and Mineralogy considered with reference to Natural Theology*, publicada en 1836, abundan imágenes en que los restos de megaterio se comparan con el pichiciego mendocino (figura 2). Parish, al incluir la descripción y las láminas de Yarrell que mostraban la apariencia externa y el esqueleto del pichiciego pampeano, no hacía más que seguir esa línea de razonamiento, y mostrar que los especímenes que había hecho transportar a Inglaterra estaban emparentados entre ellos por algo más que por su lugar de proveniencia.

Sin embargo, más allá de las certezas de Buckland, las dudas abundaban tanto en Inglaterra como en Europa continental y en América del Sur. Varios anatomistas se negaban a aceptar la anatomía acorazada de una de las más célebres creaciones de Cuvier y proponían, en cambio, crear una nueva entidad zoológica.

Gracias a la intervención de Charles Griffiths, el nuevo cónsul británico en el Río de La Plata, Parish obtuvo

UNA DESCRIPCIÓN DEL SIGLO XIX DEL PICHICIEGO

Descripción realizada en Londres en 1828 por William Yarrell, publicada por Woodbine Parish en *Buenos Aires y las provincias del Río de La Plata* (Imprenta de Mayo, 1859, traducción de Justo Maeso, tomo segundo, pp. 258-260).

De la provincia de Mendoza fue de donde obtuve el muy remarcable animalito que se halla hoy en la colección de la Sociedad Zoológica de Londres. No se lo ha encontrado hasta ahora sino en las provincias de Cuyo, y aun allí muy raras veces. Cava la tierra, y en sus hábitos se asemeja en algo al topo, pues permanece dormido los meses del invierno; los naturales lo llaman el Pichiciego. El Dr Harlan de Nueva York fue el primero en presentar una descripción de él, tomada de un esqueleto imperfecto que se le remitió de Mendoza, y al que le dio el nombre de *Chlamyphorus truncatus* [...] Se parece al castor (*Castor fiber*) en la forma y sustancia de alguno de los huesos de sus miembros, en la plana y ensanchada extremidad de la cola y en lo largo de las prominencias transversales de las vértebras inferiores de la cola; pero aquí cesa la semejanza.

Tiene mucha menos semejanza al topo (*Talpa europea*) que lo que su forma esterna y hábitos subterráneos nos harían imaginar. En lo corto de sus piernas, en la gran fuerza de ellas y en la articulación de las garras hasta la primera falange de los dedos, es bien semejante; pero es del todo diferente en la forma de los huesos de la extremidad anterior, como también en las garras comprimidas [...] Aseméjase al perico ligero (*Bradypus tridactylus*) en la forma de los dientes, y en las eminencias agudas descendentes del sigoma; pero en esto cesa toda comparación con el perico ligero.

Se encontrará que el esqueleto del clamífero se asemeja al del armadillo o mulita (*Dasypus species plures*) más que ningún otro mamífero conocido [...] Puedo observar, en conclusión, que en la composición y forma de su cubierta exterior, o concha, y en su muy singular extremidad recortada, el clamífero es peculiar y único; y si pudiese avanzarse una conjetura, a falta de un conocimiento positivo de los hábitos de este animal, es probable que tome de vez en cuando una posición recta, o de pie, para la que su posterior tan plano parece singularmente adecuado.

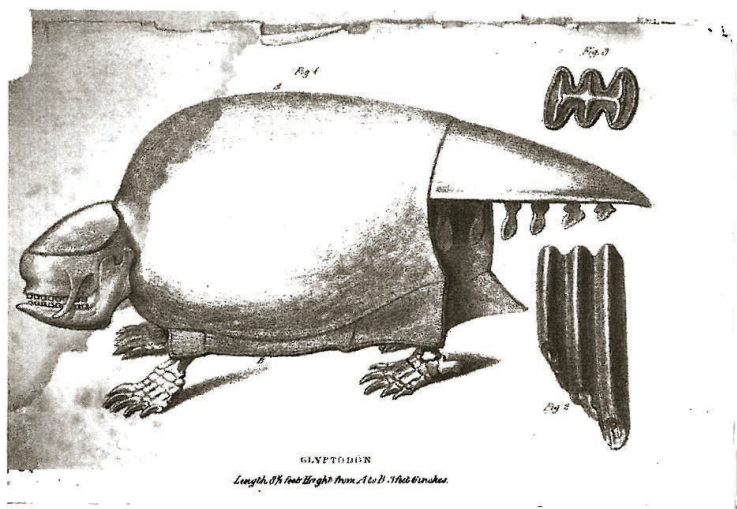


Figura 3. Dibujo del gliptodonte realizado por William Clift, curador del Royal College of Surgeons, que incluye las características de un diente según fueron dibujadas por Nicolás Descalzi. Lámina incluida por Woodbine Parish en su libro *Buenos Ayres and the Provinces of the Rio de La Plata*, J Murray, Londres, 1839.

en 1838 noticias de otro esqueleto de megaterio, un dibujo de un animal desconocido y un diente hallado por el piloto y agrimensor Nicolás Descalzi (1801-1857). Mientras Griffith disputaba la adquisición de los huesos con el cónsul sardo, Henri Picolet d'Hermillon, y con el tipógrafo napolitano Pedro de Angelis (1784-1859), una copia del dibujo llegó a los gabinetes de los anatomistas londinenses. Sobre la base de esas evidencias, Richard Owen, a cargo de la descripción de los mamíferos fósiles colectados por Charles Darwin en su viaje en el Beagle, dictaminó que se trataba de un nuevo género. Por la forma esculpida o aflautada de su diente, lo nombró *Glyptodon*. El veredicto de Owen, que por esos años trataba de ser reconocido como el Cuvier inglés, puso fin a años de

debate y controversia en el seno de la Royal Geological Society, donde la idea de un pichiciego gigante pasó a ser motivo de sarcasmo.

La determinación de Owen fue agregada al libro de Parish cuando el volumen estaba a punto de salir de la imprenta: se sumaron cuatro páginas a un capítulo cerrado y numerado, y una lámina del animal y su diente realizada por William Clift, suegro de Owen y curador del Royal College of Surgeons. La lámina se basaba en el borrador de Descalzi, al que Clift le había sumado las cuatro patas que estaban en Londres gracias a los envíos de Parish (figura 3). Ese agregado permitió a este, por un lado, corregir la opinión de Buckland que también aparecía expresada en el libro; y por otro, poner a Inglaterra en ventaja para la elección del nombre que debía darse a este nuevo rey de los monstruos pampeanos.

En efecto, por pocos meses y gracias a ese artilugio, Owen logró que su nombre se impusiera a las propuestas que casi al unísono publicaban el grabador y naturalista alemán Eduard d'Alton (1772-1840) en Prusia, el paleontólogo danés Peter Wilhelm Lund (1801-1880) en Dinamarca-París y el médico y naturalista uruguayo Teodoro Vilardebó (1803-1856) en Montevideo. El gliptodonte solo fue descrito con mayor detalle en 1839, cuando Owen discutió su trabajo sobre *Glyptodon clavipes* en una reunión de la Sociedad Geológica. Con ello quedaba definitivamente olvidada la similitud entre el pichiciego y el megaterio.

No solo eso: muy pronto la impactante entidad del gliptodonte hizo olvidar las numerosas transacciones, fragmentos, cartas, ofertas, contraofertas y dibujos que le habían dado origen. Es decir, ese intercambio de datos, información, objetos y dinero haría que los pichiciegos de Cuyo ya no pudieran sentirse seguros en su propia madriguera: un ejército de cazadores, enterados del interés que generaban en los museos del mundo, empezó a vigilarlos para conservarlos en alcohol o venderlos disecados como piezas de museo. **CH**

Este artículo es producto de investigaciones realizadas en el Instituto Max Planck de Historia de la Ciencia de Berlín durante una licencia sabática del Conicet tomada por la autora. Se agradece el servicio de préstamo interbibliotecario del Max Plank Institut. Los editores agradecen a M Superina la foto del pichiciego del primer recuadro.

LECTURAS SUGERIDAS

COOK H, 2007, *Matters of exchange. Commerce, Medicine and Science in the Dutch Golden Age*, Yale University Press.

PODGORNY I, 2007, 'De ángeles, gigantes y megaterios. Saber, dinero y honor en la paleontología en el Plata', en Ricardo Salvatore (ed.), *Los lugares del saber*, Beatriz Viterbo, Rosario. - 2011, 'Mercaderes del pasado: Teodoro Vilardebó, Pedro de Angelis y el comercio de huesos y documentos en el Río de la Plata, 1830-1850', *Circumscribere: International Journal for the History of Science*, accesible (febrero de 2011) en <http://revistas.pucsp.br/index.php/circumhc/article/view/5272/3814>.

RAMÍREZ ROZZI F y PODGORNY I, 2001, 'La metamorfosis del megaterio', *CIENCIA HOY*, 61: 12-19, febrero-marzo.

VIZCAÍNO SF, MANERA T y FERNICOLA JC, 2009, 'Viaje al sepulcro de los gigantes. Darwin y los mamíferos fósiles de Sudamérica', *CIENCIA HOY*, 113: 69-73, octubre-noviembre.



Irina Podgorny

Doctora en ciencias naturales, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP.

Profesora de historia de la ciencia en maestrías de la Universidad de Quilmes. Investigadora independiente del Conicet en el Archivo Histórico del Museo de La Plata. podgorny@retina.ar